

MENENDEZ PELAYO Y LA POLEMICA DE LA CIENCIA ESPAÑOLA

1. Breve descripción de la polémica

Un examen detenido del estado de la investigación historiográfica en la disciplina de Historia de la Filosofía Española exige remontarnos a la llamada "Polémica de la Ciencia Española", ya que es allí donde se origina la preocupación por el tema y es a ella a la que hay que hacer referencia constantemente cuando nos enfrentamos seriamente con la cuestión.

La polémica se inicia en 1876 con una frase de Gumersindo de Azcárate, que apareció en una serie de artículos en la *Revista España*. La frase, después recogida en libro¹, dice así: "Según que, por ejemplo, el Estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden y podrá hasta darse el caso de que se ahogue casi por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos". Como se ve, la frase tiene un carácter totalmente accidental, pero fue aprovechada como pretexto por Menéndez Pelayo.

En realidad, la frase de Azcárate tiene un curioso parecido con otra de Nicolás Masson de Morvilliers en el artículo "España" de la *Enciclopedia Metódica* (París 1782), donde dice: "Hoy, Dinamarca, Suecia, Rusia, la misma Polonia, Alemania, Italia, Inglaterra y Francia, todos estos pueblos, enemigos, amigos, rivales, todos arden de una generosa emulación por el progreso de las ciencias y de las artes. Cada uno medita las conquistas que debe compartir con las demás naciones; cada uno de ellos, hasta aquí, han hecho algún descubrimiento útil, que ha recaído en beneficio de la humanidad. Pero ¿qué se debe a España? Desde hace dos siglos, desde hace cuatro, desde hace seis, ¿qué ha hecho por Europa?² El debate provocado entonces por tal artículo —recordemos las intervenciones de Antonio J. Cavanilles³ y de Carlos Denina⁴— fue debilitándose, hasta que un siglo después, y en la fecha consignada al comienzo de estas líneas, vuelve a recrudecerse. Los ecos de la anterior polémica de la ciencia española vuelven ahora a escucharse, sobre todo por intermedio de Menéndez Pelayo, que a veces titula sus artículos con frases evidentemente rememorativas

¹ *El Self-Government y la Monarquía doctrinaria* (Madrid 1877) 114.

² El artículo de Masson de Morvilliers está incluido en la *Geographie Moderne* I, 554-68, de la *Encyclopedie Methodique* (París 1782).

³ *Observations de M. l'Abbé Cavanilles sur l'article 'Espagne' de la Nouvelle Encyclopedie* (París, Joubert, 1874).

⁴ *Response à la question: Quoi on doit à l'Espagne?* Discurso leído en la Academia de Berlín, en la Asamblea pública del 26 de enero de 1786. La polémica tuvo repercusión en España, en un debate entre Juan Pablo Forner y L. Cañuelo, al que se sumaron después Iriarte, Samaniego, Nifo y otros. Cf. el libro de Ernesto y Enrique García Camarero, *La polémica de la Ciencia Española* (Madrid, Alianza Editorial, 1970).

de la anterior polémica: "Mr. Masson, redivivo", o "Mr. Masson, redimuerto", por ejemplo.

Aunque basándose en la frase estampada por Gumersindo de Azcárate, el verdadero iniciador de la polémica fue Marcelino Menéndez Pelayo, que, impulsado por su maestro Gumersindo Laverde, catedrático en Valladolid, escribió una réplica a Azcárate en la *Revista europea*, donde expone enfáticamente las contribuciones españolas a la Teología, la Filosofía, el Derecho, la Ciencia Política, la Economía, la Historia y Filología, la Ciencia natural, la Medicina y el Arte Militar. Menéndez Pelayo se refiere en su carta a los siglos XVI, XVII y XVIII, suponiendo que son ellos los "tres siglos" a que se refería Azcárate en su artículo. Sobre este equívoco se montará toda la polémica. Por lo demás, la carta de Menéndez Pelayo no estaba dirigida al mismo Azcárate, sino a su amigo y paisano Laverde, que le había estimulado a ello.

El 30 de mayo de 1876, Manuel de la Revilla, en una revista crítica al Discurso de ingreso de Núñez de Arce a la Real Academia Española⁵, aparecida en la *Revista Contemporánea*, hace una serie de afirmaciones sobre la falta de paralelismo entre nuestra decadencia científica y literaria, en detrimento de aquélla. Hablando de nuestros filósofos dice: "Por más que se haga, forzoso será reconocer que salvo los que siguieron las corrientes escolásticas, ninguno logró fundar escuela ni alcanzar legítima influencia, siendo, por tanto, un mito esa decantada filosofía española, con cuya resurrección sueñan hoy eruditos como Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo. Por doloroso que sea confesarlo, si en la historia literaria de Europa suponemos mucho, en la historia científica no somos nada, y esa historia puede escribirse cumplidamente, sin que en ella suenen otros nombres españoles que los de los heroicos marinos que descubrieron las Américas y dieron por vez primera la vuelta al mundo. No tenemos un solo matemático, físico ni naturalista que merezca colocarse al lado de las grandes figuras de la ciencia; y por lo que hace a los filósofos, es indudable que en la historia de la filosofía puede suprimirse sin grave menoscabo al capítulo referente a España. ¿Débese esto a defecto de nuestro espíritu nacional, más fecundo en místicos y soñadores que en pensadores reflexivos e independientes? Acaso sea así, y quizá de esta suerte se explique el contraste que ofrece la pobreza de nuestra filosofía comparada con la riqueza de nuestra mística, tal vez por ninguna superada; pero no es posible dudar de que en tan triste resultado cabe no pequeña parte a nuestra feroz intolerancia religiosa"⁶.

La cita es larga, pero nos parecía sustancial, pues revela el punto neurálgico en que la polémica de la Ciencia española se convierte específica y explícitamente en polémica sobre la filosofía española. El párrafo, afirmando tajantemente que la filosofía española es un *mito* y rebajando a la categoría de meros *soñadores* a nuestros pensadores, no podía por menos de irritar a Menéndez Pelayo, máxime cuando se le citaba personal e inequívocamente, junto con su maestro y paisano. La respuesta no se hace esperar; nuevamente en la *Revista europea* (2 de junio de 1876) el joven y ya erudito santanderino arremete con una larga epístola a Laverde, donde califica a Revilla de "Mr. Masson redivivo", y en la que sostiene la inequívoca existencia de tres escuelas de filosofía española: el lulismo, el vivismo y el suarismo.

Nicolás Samerón interviene lateralmente, apoyando a Revilla, sin que éste deje tampoco de replicar; reconoce que existen genialidades en la Mística, pero descar-

⁵ El Discurso se titulaba: *Causa de la precipitada decadencia y total ruina de la literatura nacional bajo los últimos reinados de la Casa de Austria* (Madrid 1876).

⁶ M. Menéndez Pelayo, *La Ciencia española* I (Madrid, C.S.I.C., 1953) 86-87.

tando que la Mística sea Filosofía; niega, además, la licitud de la expresión “filosofía española”, ya que no constituyen tal las figuras secundarias y los “precursores” de que habla Menéndez Pelayo. Vuelve éste a la carga con nuevas listas eruditísimas e interminables de autores y títulos, que, por lo demás, constituyen aún hoy en día fuente imprescindible de nuestra investigación.

Al llegar a esta altura de la polémica se abre un nuevo frente. Alejandro Pidal y Mon que, empieza elogiando a Menéndez Pelayo, acaba manifestando su profundo desacuerdo con esa supuesta “filosofía española” de que habla el mozo santanderino; no hay filosofía “española” —dice Pidal— porque la filosofía no tiene patria al menos desde el punto de vista de su organismo científico. Bajo la perspectiva de su desarrollo histórico, puede haber filósofos nacionales en cuanto los filósofos de un país coincidan en determinadas características; ahora bien, los filósofos españoles no coinciden en otra nota que en el catolicismo, lo que es demasiado vago como diferencia específica. La única filosofía española digna de ese nombre es la escolástica, con la peculiaridad de que ésta es la única filosofía válida; la llamada filosofía española no es más que un mal nombre para la aportación de un país al pensamiento universal, verdadero y supranacional, que es la Escolástica. La respuesta de Menéndez Pelayo es que ya en esa llamada aportación española aparecen unos constitutivos del pensamiento español, que son el *espíritu crítico* y el *sentido práctico*, en los pensadores ortodoxos, y el *panteísmo*, en los heterodoxos; si en los primeros la filosofía es crítica y armónica, en los segundos es cerrada y exclusiva. Por lo demás, respecto a considerar la filosofía escolástica como verdad absoluta, distingue entre la teología y la filosofía, prestando adhesión a aquélla y reclamando libertad en ésta: *in dubiis libertas*.

En su contestación Alejandro Pidal y Mon refuta el concepto menendezpelayista de Renacimiento, al que considera como un “movimiento pagano que, predominando sobre el elemento cristiano en la Edad Media, tuerce el camino de la civilización cristiana”⁷. Afirma que la línea Renacimiento - Reforma - Revolución, se aparta de la verdadera evolución católica; que la misión de nuestra filosofía es volver al sentido de la filosofía escolástica, renunciando a las formas renacientes y paganizantes, de tipo modernizador. A ello replica Menéndez Pelayo caracterizando el Renacimiento como una “reacción clásica y cristiana”, frente a los excesos de las invasiones bárbaras en la Edad Media, para terminar afirmando el sentido cristiano del Renacimiento español.

Al mismo tiempo se había producido una larga intervención de José del Perojo, discípulo de Kuno Fischer y cubano residente en España, que era a la sazón director de la *Revista Contemporánea*, desde cuyas páginas reitera la postura y argumentos de Revilla, negando la existencia de la ciencia y la filosofía española y condenando los excesos de la Inquisición.

Menéndez Pelayo, como un titán de la erudición, se bate ya en dos frentes, blandiendo la espada a diestra y a siniestra, pero ahora los enemigos parecen más fuertes por la derecha. Cuando ya Pidal y Mon ha sido reducido al silencio, aparece Fray Joaquín Fonseca, O. P., con sendas epístolas impregnadas de catolicismo integrista y reclamando la compatibilidad entre Santo Tomás y Donoso Cortés, para acabar fulminando a nuestro erudito desde las páginas de *El Siglo Futuro*, con palabras e injurias, como “perturbado mental”, “torpe”, “calumniador”, “impostor”, etc. La réplica de Menéndez Pelayo, con la que termina la polémica, es un intento de relativizar el absolutismo tomista, reconociendo cosas buenas antes y después del Angel de las

⁷ *Ibid.* I, 78.

Escuelas, defendiendo el valor de la filosofía, reiterándose en la sinceridad y pureza de su catolicismo, así como impugnando el dogmatismo y la cerrazón de los tomistas a ultranza. La verdad es que toda la polémica se mantuvo en un tono airado y violento, del que más tarde se retractará Menéndez Pelayo; dice así en el prólogo a la tercera edición de *La Ciencia española*: “En descargo de mi conciencia, no de escritor, sino de cristiano y de hombre, debo dar alguna explicación sobre las personalidades, acritudes y virulencias que en estas cartas hay, y que de buen grado habría yo suprimido, si para hacer esto no hubiese sido preciso destruir enteramente el libro y escribir otro nuevo”.

Al llegar a este punto de la polémica ha de sorprendernos que Gumersindo de Azcárate, que la originó, no volviese a intervenir hasta muy entrado el curso de la misma. Es interesante hacer constar los motivos de semejante omisión. En carta a Gumersindo Laverde dice: “Callé porque deseaba y esperaba que la polémica se sostuviera por personas más peritas y más dadas a estos estudios que yo; y callé, sobre todo, porque se trataba de las glorias de la patria, y me repugnaba un poco aparecer como disputándoselas a ésta”. Más adelante, en la misma epístola, Azcárate desvela el equívoco sobre el que se había basado la polémica, y es que —son sus palabras— “al decir durante tres siglos quería dar a entender las postrimerías del XVI, el XVII y el XVIII y los comienzos del presente, con lo cual dejaba a salvo, tal era mi deseo, el desenvolvimiento científico del XVI”⁸.

2. Análisis de la polémica

La exposición que, a grandes rasgos, acabamos de hacer de la polémica sobre la ciencia española exige, para su plena comprensión, de una interpretación y de un análisis que nos dan la medida exacta de su significación en la historia del pensamiento y la filosofía española. Ahora bien, este análisis ha sido en gran parte realizado por Laín Entralgo en su estudio sobre “La polémica de la ciencia española”⁹, cuyas líneas maestras nos limitaremos a seguir en este apartado.

Una primera ojeada nos descubre en la polémica anterior tres grupos claramente diferenciados:

- 1) Los krausistas, al que Laín llama “progresismo liberal”, compuesto por Gumersindo de Azcárate, Manuel de la Revilla, Nicolás Salmerón y José del Perojo.
- 2) El compuesto por Gumersindo Laverde, como maestro e incitador, y por Menéndez Pelayo, como discípulo y paladín máximo.
- 3) Los católicos integristas y ultramontanos, al que Laín llama “reacción contrarrevolucionaria”, y cuyos protagonistas serían Alejandro Pidal y Mon y el P. Fonseca.

Gumersindo Laverde y Marcelino Menéndez Pelayo son, en realidad, los verdaderos protagonistas de toda la polémica, y lo que llama la atención o provoca la

⁸ ‘Una carta sobre filosofía española’, *Revista europea* (5-11-1876). Cf. *La Ciencia española*, *ibid.* I, 251.

⁹ P. Laín Entralgo, ‘El problema de España en el siglo XIX’, en *España como problema* (Madrid, Aguilar, 1962).

incomprensión de sus adversarios es precisamente la novedad de sus actitudes; ello requiere lógicamente que dediquemos un apartado especial a su aportación en este punto. Aquí, pues, nos limitaremos al análisis de los otros dos grupos.

El de los llamados "krausistas", aunque no todos lo eran ya en el momento de la polémica, viene caracterizado por las notas liberal y progresista, de donde extrae Laín su denominación. El progresismo —su nota indudablemente predominante— les llevará, por un lado a negar el valor histórico de la cultura española, y por otro, a la necesidad de implantar en nuestro país una cultura moderna que parta de cero y haga, en consecuencia, tabla rasa de todo lo anterior, ya sea mediante la incorporación del krausismo o bien mediante la aceptación del positivismo, nuevas ideologías con futuro en la España finisecular.

En lo que toca al primer punto de negación del valor histórico-cultural de España, las actitudes son muy distintas. Laín cita cuatro:

- las de los que consideran que la cultura española sería una quimera, con la consiguiente negación de la existencia de la filosofía española. Recordemos a Manuel de la Revilla calificando de "mito" a esa "decantada filosofía española",
- la de quienes consideran nuestra cultura, como cultura de teólogos y místicos, sin valor histórico actual,
- los que la consideran como expresión auténtica y valiosa, pero mixtificada por el medio, y sin duda fundamentalmente por la Inquisición; habría que citar aquí —Laín lo hace— a los que se aproximan a una interpretación marxista de *Fuenteovejuna*,
- por último, la postura de los que afirman la existencia de la cultura española, si bien como una interpretación velada contra la historia de España, un ejemplo característico sería los que proponen la interpretación izquierdista del Quijote: la del Unamuno joven de "¡Muera don Quijote!", que propugna el "quijanismo" (de Alonso Quijano) frente al "quijotismo" (de don Quijote); o la de Américo Castro en su peculiar investigación cervantina, etc.

El grupo de los "católicos integristas" representan la antítesis de las actitudes progresistas anteriores; de aquí el nombre de "reaccionarios" y "contrarrevolucionarios" que Laín les aplica. Esta postura está caracterizada por un antiprogresismo, para el cual el pensamiento humano y católico llega a su máxima perfección con el "escolasticismo tomista"; tanto para Pidal y Mon como para el P. Fonseca éste representa la *filosofía en absoluto*, identificada aquí con *la verdad total*. Ahora bien, como el tomismo llegó a su culminación en la Edad Media, todo pensamiento posterior, en tanto que se aparte de aquella doctrina es inválido y vitando. La cultura moderna, incluido el Renacimiento que tanto defiende Menéndez Pelayo, es un sucesivo error contra el que hay que luchar.

La característica dogmática y antihistórica de esta postura lleva a tres errores cardinales: el tradicionalismo *filosófico*, el maniqueísmo y el desconocimiento de la historia española. El tradicionalismo *filosófico* es, en realidad, una contradicción en los términos, pues parte del desprecio a la razón para atenerse sólo a la Revelación, con lo que se convierte más bien en un movimiento antifilosófico que otra cosa; los representantes típicos de este movimiento son los franceses De Bonald y Lamennais, y entre nosotros Donoso Cortés. La Revelación manifestó la verdad total de una vez y para siempre; las filosofías posteriores son errores contra los que hay que luchar.

La consecuencia es una filosofía que niega el tiempo y la innovación y que, en definitiva, pretende parar la historia.

El maniqueísmo ético, segundo gran error del integrismo reaccionario, aparece también como consecuencia del dogmatismo escolástico, pues de considerar la cultura moderna como un error total a considerarla como el mal total, no hay más que un paso, que los integristas suelen efectivamente dar. Así queda para ellos dividido el mundo en buenos y malos, amigos y enemigos; convicción moral que les da derecho a tratar a estos últimos como tales. Sólo así se comprenden los tremendos insultos que el P. Fonseca lanza contra Menéndez Pelayo; al no aceptar éste el tomismo en bloque quedaba prácticamente equiparado con krausistas y positivistas, verdadera encarnación del mal para aquel espíritu simple.

El tercer error del integrismo católico es el desconocimiento de la historia española de que hacían gala con su postura y, en definitiva, de la realidad nacional. "La rigurosa verdad histórica —dice Laín— es que la creación española en sus dos siglos dorados es de neto carácter moderno. La empresa de España hasta su derrota fue justamente el proyecto de lanzar la idea católica de Dios, el hombre y el mundo con los supuestos históricos que surgieron en Europa a raíz del Medioevo. En cuanto católica, la cultura clásica española continúa sin ruptura esencial el pensamiento de la Edad Media, como el adolescente continúa siendo el mismo hombre que fue en la puericia"¹⁰. Efectivamente, desde el punto de vista histórico es innegable que España ha contribuido decisivamente a la formación del mundo moderno: aquí se constituyó el primer Estado, el de Fernando el Católico, que había de servir de inspiración a Maquiavelo; la idea imperial de Carlos V es también de estilo netamente moderno, como lo son las obras jurídico-políticas de un Vitoria o de un Suárez, y no digamos ya, dentro del pensamiento propiamente filosófico, la obra de un Vives, de un Gómez Pereira, de un Huarte de San Juan, etc., etc.

Al llegar a este punto de nuestro análisis, el lector habrá ya percibido, de seguro, las enormes concomitancias que se echan de ver entre los dos grupos más antagónicos: krausistas y católicos integristas, progresistas liberales y reaccionarios contrarrevolucionarios. Como siempre los extremos se tocan, y conviene ahora explicitar esas coincidencias, que nos harán más palpables la importancia de la aportación historiográfica de Menéndez Pelayo. Estas coincidencias son las siguientes:

1. La común mediocridad de la actividad intelectual de ambos. "Si nos atenemos a la calidad —dice Laín— allá se iba en valor con la de los avanzados, la escasa obra intelectual de los reaccionarios, que ni a verdaderos tomistas llegaban". En realidad, más se sustentaba la obra de cada uno de ellos en la debilidad del adversario, que en el valor de la propia obra; de ahí que concluya Laín afirmando que "no hay gran diferencia en la huella por unos y otros impresa en la historia del pensamiento humano"¹¹.

2. El desconocimiento, tanto por innovadores como por reaccionarios, de la historia española, coincidiendo ambos en la medievalización de nuestra cultura clásica,

¹⁰ *Ibid.* 32.

¹¹ *Ibid.* 35. Aunque de acuerdo con Laín en lo sustancial, nos atrevemos a romper una lanza por el pensamiento innovador, que creemos, en definitiva, superior moral, histórica e intelectualmente al de los pensadores neocatólicos y ultramontanos. Sinceramente, entre Gumersindo de Azcárate o Nicolás Salmerón y Alejandro Pidal y Mon o Joaquín Fonseca, nos parece que hay una diferencia a favor de los primeros, como nos parece que la hay entre un Sanz del Río y un Ortí y Lara o un F. Giner de los Ríos y un Ceferino González. La historia va empezando a dejar las cosas claras.

por verdadera ignorancia de la misma. Los avanzados piensan que no es posible una alianza entre el pensamiento moderno y la fe católica, y habiéndose decidido vital y existencialmente por aquél, arrojan a ésta por la borda. Los reaccionarios, al contrario, piensan que el ser católico implica la aceptación del tomismo medieval, con lo que se ven obligados a renegar de todo el pensamiento moderno.

3. Moral de impotencia, que se traduce en una común falta de capacidad creadora, llevándoles a copiar o imitar lo extranjero. Menéndez Pelayo lo afirmó tajantemente, con su agudo sentido histórico, cuando dijo que “ambos fanatismos —la exageración innovadora y la exageración reaccionaria— se inspiran en libros extranjeros”. De hecho, ambos buscaban su inspiración fuera de España. Los progresistas en un “europelismo” a ultranza, palabra que no se les cae de la boca cuando se trata de regenerar a la patria; la fórmula de “europeizar a España” se reitera con monotonía en sus programas. Los reaccionarios buscan también en la Europa cristiana y medieval su fuente de inspiración y de actividad. Ambos reniegan, pues, de la cultura propia, por desconfianza en su capacidad creadora, lo que acaba produciendo esa moral de impotencia a que nos referimos.

4. Por último, hay una común falta de conciencia histórica tanto en los reaccionarios como en los progresistas; en éstos porque parten de cero, haciendo tabla rasa de lo anterior; en aquéllos porque, en su pretensión de instalarse en el Medioevo, deliberadamente ignoran todo lo que ha existido después, que consideran como un error continuo. En realidad, las notas anteriores —mediocridad intelectual, desconocimiento de la historia española, moral de impotencia— vienen a resumirse y condensarse en ésta de la falta de sentido histórico, pues es precisamente ella la que explica todo lo demás.

3. *La existencia de una “Historia de la Filosofía en España”: Menéndez Pelayo ante la polémica*

El análisis de la polémica que acabamos de realizar nos lleva a una tercera vía, que no es ni la de los progresistas, ni la de los tradicionalistas. Esta tercera vía es la representada por la posición original de Menéndez Pelayo en la polémica, postura independiente y única con futuro. Apela el erudito santanderino —por contraposición a sus adversarios— al conocimiento de la realidad nacional, rehuye lo tópico sobre nuestro pasado, estimula la capacidad creadora mediante una búsqueda de lo más vivo y original de nuestra tradición filosófica, y procura inspirarse en una moral de confianza en las posibilidades de la cultura nacional. El motor que mueve esta tercera vía es la adquisición de un sentido histórico por primera vez aplicado a la historia de nuestra filosofía, y que faltó en las dos posturas anteriormente analizadas. Estas premisas permiten constituir una plataforma de gran fecundidad frente al problema de la filosofía española.

La aportación de Menéndez Pelayo es, pues, sustancial a la historia de la disciplina que nos ocupa; sobre su actitud se despliega el conjunto de sus valiosas aportaciones. Por un lado, el nivel de la erudición, el enorme caudal de información bibliográfica y de aportaciones a la historia de la filosofía y de las ideas, que suponen *La Ciencia Española* (sobre todo, sus Apéndices), la *Historia de los heterodoxos* y la *Historia de las ideas estéticas*, es algo de lo que todavía vive gran parte de la investigación. Por otro lado, dichas aportaciones suponen una solución al problema de la existencia o inexistencia de la filosofía española; tras la aportación bibliográfica de Menéndez

Pelayo, no se puede negar ya que en España ha habido filosofía, si bien se plantea como consecuencia automática el otro problema: el de si existe una *filosofía española*, es decir, el de si esa filosofía que se hace en España posee unos caracteres nacionales propios. Menéndez Pelayo está seguro de que así es, y es una convicción que expresa en diversos lugares de su obra; así, por ejemplo dice en *La Ciencia Española*: “De todo lo cual yo infiero que, siendo materialmente imposible... que pensadores de una misma sangre, nacidos en un mismo suelo, sujetos a las mismas influencias físicas y morales, y educados más o menos directamente los unos por los otros, dejen de parecerse en algo y aún en mucho, aunque hayan militado o militen en escuelas diversas y aún enemigas; se puede afirmar, *a priori*, y sin recelo de equivocarse, que la historia de la filosofía española, considerada en su integridad, es algo que tiene existencia propia y vida peculiar”¹². Un poco antes ya había expresado lo mismo, si bien a nivel de “presunción o conjetura” cuando suelta esta rotunda afirmación: “que hay en el pensamiento ibérico tales caracteres y actitudes, tales rasgos de identidad a través de los siglos y de las civilizaciones más distintas, que nos autorizan para concluir que existe un nexo interior y fortísimo entre las lucubraciones de nuestros pensadores, y que es cosa, no ya leída, sino de rigurosa justicia (sólo retardada hasta ahora por la ignorancia o la pasión), conceder a nuestra raza un lugar aparte en la historia de la filosofía, si no tan alto como el que ocupan las dos razas privilegiadas en este punto, la griega y la alemana, tan alto, por lo menos, como el que se concede hoy a los italianos y a los franceses”¹³. En este punto, sin embargo, y a pesar de sus afirmaciones, la verdad es que Menéndez Pelayo no pasa de una intuición —genial, si se quiere—, pero que dejaba planteado en toda su hondura el problema de los caracteres específicos de la filosofía española, en cuanto creación cultural de contenidos propios y de ámbito nacional.

Así parece que lo vio Unamuno, cuando escribe: “Siempre creí que en España no ha habido verdadera filosofía; más, desde que leí los trabajos del señor Menéndez y Pelayo, enderezados a probarnos que había habido filosofía española, se me disiparon las últimas dudas y quedé completamente convencido de que hasta ahora el pueblo español se ha mostrado retuso a toda comprensión verdaderamente filosófica. Me convenció de ello el ver que se llame filósofos a comentaristas o expositores de filosofías ajenas, a eruditos y estudiosos de la filosofía”¹⁴. La conclusión de Unamuno es, pues, que en España ha habido filosofía, en el sentido de que ha habido profesores y comentaristas de filosofía o eruditos de la filosofía, pero que no ha habido una verdadera “filosofía española”, a menos que filosofía sea —como dice en otro sitio— “la visión total del Universo y de la vida a través de un temperamento étnico”¹⁵.

En este punto también parece hallarse acorde con nuestra opinión Guillermo Fraile en su última y póstuma obra, donde dice del gran polígrafo santanderino: “No llegó a realizar el proyecto, acariciado durante toda su vida, de escribir una obra fundamental sobre filosofía española. Pero si no llegó a demostrar su concepto juvenil de la existencia de una ‘filosofía española’, lo cierto es que dejó bien demostrado que en España había habido filosofía y filósofos. Aportó infinidad de datos valiosísimos. Descubrió auténticos valores de pensadores hispánicos. Despertó el interés y la curiosidad por estudiarlos. Gracias a su tesón se ha revalorizado una

¹² *La Ciencia española* II, 369.

¹³ *Ibid.* 368.

¹⁴ M. de Unamuno, ‘Sobre la lectura e interpretación del Quijote’, *Ensayos I* (Madrid, Aguilar, 1958) 657.

¹⁵ Unamuno, ‘Sobre filosofía española’, *Ibid.* 555.

multitud de pensadores injustamente olvidados o menospreciados. Aunque haya que matizar algunos de sus juicios y atenuar algunas de sus ponderaciones —cosa que él mismo hizo— sus trabajos y la cantidad de materiales de que hizo acopio han hecho posible en buena parte la labor de los que han seguido por el camino que él abrió, laborando en el campo que él roturó con su esfuerzo. Gracias a él y a sus continuadores ha sido posible la reconstrucción crítica y científica de nuestra historia”¹⁶.

Menéndez Pelayo soluciona, pues, el problema de la existencia de filosofía en España, pero deja abierto el de la existencia de una “filosofía española”, si bien pone las bases de una posible solución al mismo a través de su ocupación con la *Historia de las Ideas Estéticas*, que nos lo presenta como avanzado o precursor de la Historia de las Ideas, disciplina a través de la cual enfocaremos nosotros algunas de las cuestiones relacionadas con el tema.

Una de estas cuestiones es precisamente la de la justificación de la ocupación con la Historia de la Filosofía en España; es decir, el problema de si, aceptado que existe esa Historia, resulta intelectual y moralmente válido el ocuparse con ella. Esto era precisamente una de las diferencias entre los progresistas y Menéndez Pelayo en la polémica; aquellos ponían como requisito, para dar por válida tal ocupación, la existencia de primeras figuras en nuestro panorama filosófico; para Menéndez Pelayo, por el contrario, es suficiente la presencia de figuras secundarias, ya que las sobresalientes siempre y forzosamente se han de dar en número exiguo.

Manuel de la Revilla había dejado constancia de su postura en el apasionamiento de la polémica, con estas palabras: “Como no se nos debe (a los españoles) ningún gran descubrimiento, ninguna hipótesis fundamental, ninguna obra de esas que hacen época, todo el cúmulo de nombres que pueda citar el señor Menéndez no basta a desmentir nuestra afirmación de que en la historia científica del mundo no suponemos nada”¹⁷. “¿Cree el Sr. Menéndez que los nombres de Vives, Foxo Morcillo (sic), Suárez, etc., pueden colocarse al lado de los de Descartes, Kant o Hegel?... ¿Conoce *vivistas* o *pereiristas* fuera de España, como conoce hegelianos y kantianos en todos los países cultos? ¿Parte de alguno de esos escritores un movimiento como el que parte de Descartes? Pues si nada de eso sucede, si esa decantada filosofía española se reduce a unos cuantos colaboradores del movimiento anti-escolástico y a un aventajado discípulo del escolasticismo como Suárez, ¿puede decirse que hay una verdadera filosofía española, ni siquiera que hay un filósofo español que pueda colocarse a la altura de los grandes filósofos que hacen época en la historia, o habrá que reconocer que, en filosofía como en ciencias, sólo tenemos algunos estimables ingenios de segundo orden, muy dignos de consideración y respeto, pero que no nos autorizan a hablar pomposamente de ciencia española o de filosofía española?”¹⁸. A estas razones contestó Menéndez Pelayo con la consideración de que, si en la historia literaria suponen pocos los autores de segundo orden, no ocurre así en la historia de las ciencias, donde los talentos secundarios “son dignos de muy honrosa memoria” (*Ibid.*, pág. 203). “Y diré, para terminar esta materia —concluye vigorosamente—, que más honra a un país, y más actividad científica demuestra en él, la circunstancia de que haya producido doscientos *sabios* modestos y útiles, que un solo *genio*, porque el *genio* lo da Dios, al paso que el trabajo, y la constancia y el estudio, previas ciertas condiciones, dependen en gran parte de la voluntad humana”¹⁹. Una contestación,

¹⁶ Guillermo Fraile, *Historia de la Filosofía española* II (Madrid 1972) 190-91.

¹⁷ *La Ciencia española* I, 194.

¹⁸ *Ibid.* 196.

¹⁹ *Ibid.* 207.

como vemos, plenamente insatisfactoria; habría que ver, en primer lugar, si la filosofía entra más dentro del campo científico, según asume Menéndez Pelayo, que del literario, y, en segundo lugar, sea cual fuere la contestación a esta pregunta, la cuestión de la justificación de la ocupación con la historia de la filosofía española permanece en pie. Es uno de los problemas que quedan vivos en nuestra disciplina y al cual trataremos de dar una solución en nuestras próximas investigaciones.

La aportación historiográfica de Menéndez Pelayo, siendo gigantesca como lo es, deja aún coleando muchos problemas. Hemos visto antes que la cuestión de los caracteres nacionales de una auténtica "filosofía española" quedaba pendiente; ahora es el problema de la validez intelectual de una ocupación con la filosofía española. No son los únicos; hay otros derivados de su peculiar evolución, en la que conviene que nos detengamos.

En la evolución intelectual de Menéndez Pelayo hay una serie de sucesos biográficos que van a influir decisivamente en su vida²⁰. El primero, es su comienzo en 1871 de los estudios de filosofía y letras en la Universidad de Barcelona, bajo el magisterio de M. Milá y Fontanals, que le abrió el campo de la investigación filológica y literaria, y de X. Lloréns y Barba, representante en filosofía de la escuela escocesa —con su psicologismo y su criticismo—, que le llevó a una cierta tendencia ecléctica y pragmática, de la que vendrá más tarde su gran admiración por Vives.

Al trasladar su expediente a Madrid en 1873, un suceso que habría de marcarle definitivamente fue su choque con Nicolás Salmerón, que había anunciado un suspenso a todos los que no hubiesen estudiado dos años con él, lo que le obligó a trasladar nuevamente su matrícula a Valladolid. El choque con Salmerón fue sin duda decisivo para reafirmarlo en su catolicismo y en su odio al krausismo; no sería exagerado decir que el origen personal de la polémica sobre la ciencia española está aquí.

En Valladolid, va, sin embargo, a recibir quizá su influencia inicialmente más duradera. Me refiero al conocimiento y magisterio de su paisano Gumersindo Laverde, que lo estimulará desde el primer momento para que se dedicase al estudio de la historia científica y filosófica de nuestra patria. Como sabemos, el impulso de Laverde fue decisivo en el comienzo y en la continuación de la polémica; también en la publicación de los libros sobre Historia del pensamiento español, que ocuparán la primera parte de su vida, hasta el punto de que 1890, fecha de la muerte de Laverde, marca un hito decisivo en la labor investigadora de Menéndez Pelayo. Al morir Laverde en aquel año, don Marcelino abandona sus tareas de crítica filosófica para entregarse plenamente a la investigación sobre literatura y crítica literaria. Así lo reconoce su discípulo Bonilla y San Martín: "De 1874 hasta 1890, Menéndez Pelayo es, casi únicamente, un humanista y un historiador de la filosofía... Pero desde 1890

²⁰ Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912). La obra de Menéndez Pelayo podemos dividirla en dos grandes apartados: los estudios sobre historia intelectual religiosa y filosófica y los correspondientes a la crítica histórica y literaria. El primer grupo comprende: *La Ciencia española* (1876), *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-82), *Historia de las ideas estéticas en España* (1883-91), *Ensayos de crítica filosófica* (1892). El segundo grupo: *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* (1884- 1893-1908), *Antología de poetas líricos castellanos* (1890-1908), *Bibliografía hispano-latino clásica* (1879 y ss.), *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega* (1890-1913), *Historia de la poesía hispanoamericana* (1893-95), *Orígenes de la novela* (1905-1910), *Biblioteca de traductores españoles* (inédito antes de la edición nacional) y *Poetas* (1878, 1879, 1883 y 1906). Todas ellas recogidas en *Obras Completas*, Edición nacional (Madrid, C.S.I.C., 1940-1955) 62 volúmenes.

en adelante, la poesía, los clásicos y la filosofía ocupan en su vida un lugar secundario... y se ocupa preferentemente en la ilustración de la historia literaria española”²¹.

Ahora bien, el cambio operado en 1890, no es sólo de gustos o de campo de investigación; al morir el maestro, el discípulo parece ganar en madurez y objetividad. Rechaza el apasionamiento o la violencia de algunos de sus juicios anteriores, al hablar de “las personalidades, acritudes y virulencias” en sus cartas a los krausistas²²; en 1900, cuando escribe las “Advertencias Preliminares” a la última edición que, todavía en vida suya, se hace de la *Historia de los heterodoxos españoles*, dice que “revisa citas, cambia algún juicio, y que ha retocado el estilo...”. La verdad es que, a pesar de ello, todavía en este libro muchos de sus juicios pecan de apasionados, precipitados y faltos de matiz, como consecuencia de mantener a toda costa criterios ideológicos apriorísticos ajenos a cualquier metodología, de modo que se imponen valoraciones personales y subjetivas en lugar de enfoques científicos, descriptivos u objetivos. Algo que todo investigador del siglo XIX conoce es como los temas tratados por Menéndez Pelayo tienen que ser revisados muy a fondo; es cierto que hay que partir de él, pues se impone siempre con su fabulosa documentación, pero no es menos cierto que numerosas de sus afirmaciones o de sus puntos de vista, tienen que ser totalmente rectificadas.

¿Cuál es, en definitiva, la aportación de Menéndez Pelayo a nuestra disciplina? Esta proviene siempre, como mencionamos arriba, de un agudo sentido histórico, que le lleva a una toma de conciencia histórica del problema de la historia de la filosofía española. De aquí arranca su gran aportación bibliográfica al tema, por un lado, y la comprobación más allá de toda duda de la existencia de una Historia de la Filosofía en España.

4. *La prehistoria de la Historia de la Filosofía en España: Gumersindo Laverde*

Es cierto que Menéndez Pelayo se ha hecho acreedor con su gigantesca obra al título de “fundador” de la Historia de la Filosofía en España. Sin embargo, no debemos olvidar que hubo algunos antecedentes importantes de su obra; es lo que alguna vez he llamado la Prehistoria historiográfica de la filosofía española. En ella ocupa lugar destacadísimo la figura de Gumersindo Laverde, profesor y estimulador del quehacer investigador de su discípulo. Sin embargo, no fue valioso sólo por su papel de promotor de la obra de este último; él mismo contribuyó a la tarea con importantes aportaciones.

Gumersindo Laverde (Santander, 1840-1890), fue profesor de literatura general y española en Santiago, primero, y en la Universidad de Valladolid, después. Aunque también poeta —“Ossian español”, le llama Menéndez Pelayo—, cultivador de la estrofa sáfico-adónica y la poesía festiva, tuvo sobre todo una especie de obsesión con la postergación y el estado de abandono en que se hallaba nuestro pasado filosófico. Cuando tenía muy pocos años, se había planteado en España el tema de nuestra insignificancia filosófica; Patricio de la Escusura acababa de decir en el Parlamento: “Aquí no hay filósofos, como no hay Cervantes en Alemania”. Ello había dado ocasión a que se airease nuevamente la famosa afirmación de Federico Schlegel: “Sólo en la filosofía no puede España ostentar tantos nombres ilustres como Italia, Alemania,

²¹ A. Bonilla y San Martín, ‘La filosofía Menéndez Pelayo’, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 27 (1912) 96.

²² *La Ciencia española*. Prólogo a la 3.ª ed., p. 5.

o cualquiera otra nación; y propiamente hablando, debe decirse que no posee en esta parte ningún grande escritor”²³.

Al plantearse el tema Gumersindo Laverde, no pudo menos de saltar con gran indignación, ante opiniones tan poco fundadas, en un interesante artículo, que vamos a ir siguiendo aquí en sus partes fundamentales: “Nosotros —dice, replicando a las afirmaciones anteriores— nunca pudimos convencernos de semejante opinión; desde un principio la rechazó nuestro espíritu, como adivinando instintivamente su inexactitud. Así que, impulsados por la actividad juvenil que nos consumía y por el patriótico anhelo de hallar pruebas a ese confuso presentimiento, comenzamos cuatro años hace a estudiar esta materia, consagrándole no escasos desvelos, con un entusiasmo que las amarguras de la vida no han podido apagar todavía. A medida que penetrábamos en aquel campo enmarañado; a cada paso que dábamos en tan áridas exploraciones, nos íbamos confirmando más y más en la idea que nos estimulara a emprenderlas. El horizonte se dilataba inmensamente; unas figuras se engrandecían, otras nuevas se levantaban en la noche del olvido, y mil raudales de luz brotando de las fuentes, venían a alumbrarnos los misteriosos caminos seguidos por el espíritu humano en su marcha y evolución hacia el infinito”²⁴.

La convicción de que nuestro pasado filosófico, si no tan glorioso como el de Francia y Alemania, en ningún modo merece el olvido en que se halla sepultado, le lleva a lamentarse de la situación, ofreciéndonos la comparación pertinente: “Mientras los más oscuros filósofos de los siglos pasados son allí objeto de doctas discusiones y de extensos trabajos analíticos; mientras allí son restaurados con todas las ventajas de una escogida erudición y de una forma agradable las producciones más insignificantes de la ciencia patria, en España yacen cubiertas de polvo en las bibliotecas, innumerables obras, grandes entre los más grandes monumentos de la doctrina y del pensamiento, a quienes ni una memoria académica, ni siquiera un discurso inaugural se ha consagrado” (*Ibid.*).

Una vez llegado a la conclusión de que la filosofía española no merece, pues, la situación en que se halla y que todos los esfuerzos por restaurarla a su verdadero valor están justificados, Gumersindo Laverde señala los medios más adecuados para una labor semejante. Como primera medida considera que debe fundarse una *Academia*, cuyo principal objeto sería fomentar los estudios filosóficos en España y servir de intercambio científico sobre la materia con otros países; en segundo lugar, propone la creación de una *Biblioteca de filósofos españoles* en lengua vulgar con noticias biográficas y bibliográficas, anotaciones y comentarios, propósito que concretaría más tarde en un proyecto detallado de tales publicaciones²⁵; en tercer término, sugiere que tal “Biblioteca” debe ir acompañada de la publicación de un *periódico*, “abierto a toda discusión, a todo escrito filosófico, y en que se den extractos y juicios críticos de cuantas obras de algún valor en esta línea salgan a la luz, así dentro como fuera de España”; y, por último, propone también la celebración de premios anuales para estudios o memorias en que se analicen o expongan, “bien las producciones individuales, bien las expansiones generales del pensamiento nacional”.

A pesar de tan buenos propósitos, el proyecto quedó sin llevarse a cabo. El mismo Laverde nos confiesa como aumentaba, a medida de irse adentrando en tales estudios, “la conciencia de nuestra debilidad, el sentimiento de nuestra pequeñez, hallándonos

²³ F. Schlegel, *Historia de la Literatura antigua y moderna*, cap. X.

²⁴ ‘De la filosofía en España’, *El Diario español* (1 octubre 1856).

²⁵ ‘Proyecto para una Biblioteca de filósofos ibéricos’, *Revista de Instrucción Pública* (17 marzo 1859).

cada vez más incapaces de realizar el atrevido proyecto que concibiéramos de escribir una Historia de la Filosofía española, hasta que al fin, aunque con harta pena, hemos venido a abandonarle, en la esperanza de que llamada hacia este asunto la atención del mundo sabio, no faltarán bien cortadas plumas que se dedique a ilustrarle, y aprovechar la suma copia de riquezas que ofrece a la especulación crítica”.

Ahora bien, esto no quiere decir que la obra de Laverde haya sido estéril; por el contrario, de él parte todo el edificio de nuestra historia filosófica. Sus *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción pública* (Lugo 1868) marcan un hito en la historiografía sobre el tema; allí se contienen estudios sobre Fox Morcillo, Jovellanos, el tradicionalismo del siglo XVIII, y sobre todo un ensayo crítico y muy erudito sobre el entonces reciente libro de Luis Vidart, *La filosofía española. Indicaciones bibliográficas* (Madrid 1866). En este último libro y en la obra de Laverde en general está ya en germen *La Ciencia española*, de Menéndez Pelayo.

Por lo demás, la importancia de Laverde para su propia obra nunca fue negada por Menéndez Pelayo, sino, por el contrario, plenamente reconocida. Se conservan 264 cartas de Menéndez Pelayo a su maestro y amigo, y en ellas generalmente no hace sino darle cuenta de sus proyectos y trabajos. Hablando de ello ha dejado precisamente escritas estas inequívocas palabras: “A este lauro de ser el primer historiador de la filosofía nacional aspiré en mi juventud, alentado por el sabio y benévolo consejo de un varón de dulce memoria y modesta fama, recto en el pensar, elegante en el decir, alma suave y cándida, llena de virtud y patriotismo, purificada en el yunque del dolor hasta llegar a la perfección ascética. Llamábase este profesor Gumersindo Laverde; escribió poco, pero muy selecto, y su nombre va unido a todos los conatos de historia de la ciencia española, y muy especialmente a los míos, que acaso sin su estímulo y dirección no se hubiesen realizado”²⁶. El discípulo y continuador de Menéndez Pelayo, Adolfo Bonilla y San Martín, sobre el que en seguida nos extenderemos, también reconoce la paternidad intelectual de Laverde en lo que a la historia de la filosofía española se refiere; de él dice que no ha habido campeón tan infatigable “de nuestra filosofía como aquel venerable maestro. No sólo escribió notables artículos acerca de algunos de nuestros pensadores (vgr. Fox Morcillo), sino que procuró determinar la filiación de su escuela, propuso la creación en nuestra Facultad de Filosofía de una cátedra de *Historia de la Filosofía ibérica*, y aún publicó en 1859, el proyecto de una *Biblioteca de filósofos ibéricos*, que no llegó a ver la luz”²⁷.

Sin embargo, no estuvo solo tampoco Gumersindo Laverde en su tarea de reivindicación de la filosofía española. Junto a su nombre hay que poner el de Luis Vidart —ya citado— y el de todos aquellos autores que constituyen lo que hemos llamado la Prehistoria de nuestra disciplina. Entre ellos hay que distinguir aquellos autores que en apéndices a otros libros realizan las primeras reseñas históricas sobre nuestra disciplina, y aquellos otros que llamaremos “precursores”, siguiendo a Aróstegui²⁸, y en cuya denominación entrarían aquellos “trabajos sobre historia de la filosofía española, que, en parte, precedieron y posibilitaron la empresa de nuestra gran historia filosófica, cuyo primer volumen debido a Bonilla y San Martín, apareció en 1908”. Aróstegui recoge en su bibliografía algunos trabajos que a nosotros nos parecen más propios de

²⁶ *Ensayos de crítica filosófica*, 388.

²⁷ A. Bonilla y San Martín, *Marcelino Menéndez Pelayo* (Madrid 1914). (Número extraordinario del *Boletín de la R. A. de la Historia*, mayo 1912).

²⁸ A. Aróstegui, ‘Notas para una bibliografía de la Historia de la Filosofía española’, *Aporía* 5-6 (1966).

otros apartados; tomamos, pues, la denominación, aunque no seguimos su criterio. Según el nuestro estableceríamos la siguiente lista de "prehistoriadores":

A) APÉNDICES

- R. Martí de Eixala, 'De la filosofía en España', apéndice al *Manual de Historia de la Filosofía*, de Amice (Barcelona 1842).
- A. Monescillo, 'Reseña histórica del pensamiento español desde el siglo V hasta nuestros días', en *Historia elemental de la filosofía*, de Monseñor Bouvier (1846).
- V. Aznar, 'Reseña histórica de la filosofía en España', en *Curso completo de filosofía para la enseñanza de ampliación* (1847).

B) PRECURSORES

- Patricio de Azcárate, *Exposición histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos* (1861).
- Francisco de Paula Canalejas, 'Del estudio de la historia de la filosofía española', en *Estudios críticos de filosofía, política y literatura* (1862).
- Luis Vidart, *La Filosofía Española. Indicaciones bibliográficas* (Madrid 1866).
- Gumersindo Laverde, *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción pública* (Lugo 1868).
- Adolfo de Castro, 'Discurso preliminar', en *Obras escobidas de filósofos*, tomo LXV, Biblioteca de Autores Españoles (Madrid 1873).

A partir de este momento —1873—, la obra de Menéndez Pelayo es posible. Su enorme aportación, sobre todo en los años que van de 1874 a 1890, dará un impulso decisivo a nuestra disciplina. Sus libros *La Ciencia española* (1876), la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-82), la *Historia de las ideas estéticas en España* (1883-91) y los *Estudios de crítica filosófica* (1892), constituyen el "acto fundacional" —por así decirlo— de la Historia de la Filosofía en España, y de aquí la importancia que hemos dado a la aportación menendezpelayista en la polémica de la ciencia española.

JOSÉ LUIS ABELLÁN